

**SECCIÓN MONOGRÁFICA:
DE EMPERADORES Y
OTROS IMPORTANTES PERSONAJES
(ESCRITOS NUEVOS SOBRE CARLOS V)**

**DE EMPERADORES Y
OTROS IMPORTANTES PERSONAJES.
(ESCRITOS NUEVOS SOBRE CARLOS V).**

por

ALFREDO ALVAR EZQUERRA
Instituto de Historia, CSIC

PRESENTACIÓN

En medio de multitudinarios Congresos y de otras conmemoraciones cuyas cifras, sean de presupuesto, sean de participantes, se evalúan por múltiples o submúltiplos de cuentos, *Hispania*, la vetusta *Revista española de Historia* ofrece calladamente cuatro estudios sobre el tiempo de Carlos V que tienen una intención común: estrechar los lazos del conocimiento historiográfico entre los dos extremos del Imperio. Subyace en tres de ellos la comunidad de objetos analizados: las relaciones dinásticas o la reciprocidad de los problemas de acá y de allá. El cuarto descolgado de lo que podría ser la visión conjunta del mundo hispano y el imperial, versa sobre los últimos libros de Carlos V en Yuste.

Estas investigaciones son nuevas absolutamente. No se trata, de ninguna manera, de textos reeditados con variantes, que tan útiles son al ofrecer la posibilidad de acceder conjuntamente a escritos muy dispersos, sino que ahora se presentan las últimas investigaciones que en los años venideros desarrollarán noveles escritores. Además son textos de investigadores completamente familiarizados con los archivos, las bibliotecas, los métodos del otro extremo del Imperio; en cierto modo, ofreceríamos lo más sobresaliente que pueden hacer en nuestra lengua historiadores de la otra frontera. En su honor se editan estas páginas que en cierto modo, podríamos sintetizar, con el permiso de todos los autores, bajo un epígrafe casi común, *Zur Geschichte Karls V...*

Hispania, LX/3, núm. 206 (2000) 825-834

El Dr. Juan Antonio Vilar Sánchez, formado en media Europa, dominador de media docena de idiomas, incluso aquel que llamamos japonés, traza las vías por las que Fernando fue construyendo su patrimonio dinástico a la sombra de Carlos V. Muestra este autor cómo en 1520 Carlos había adquirido ya prácticamente la totalidad de sus territorios (excluidas las Indias) a partir de 1522 empezó a desprenderse de algunos de ellos, en un proceso que, a mi entender, concluiría con la abdicación Imperial, con la cual traspasó a sus herederos el problema sin solucionar claramente: no olvidemos que el traspaso de poderes imperiales a Fernando duró casi dos años.

Hacia 1525 ya estaba determinado quién heredaría: un hijo propio, imprescindible, para su patrimonio y Fernando el Imperio. Tal actuación debía andarse estratégicamente. Primero era imprescindible la unción imperial para poder legar a un Rey de Romanos electo en vida del Emperador, los territorios de la Alta Alemania-Austria. Analizados los distintos proyectos matrimoniales y vistas las consecuencias de Pavía, Vilar nos ofrece un pormenorizado análisis del matrimonio de Sevilla y sus consecuencias no políticas, sino dinásticas: la dote de esa boda servía para pagarse la coronación imperial. También parte del rescate de Francisco I. La consolidación dinástica fue la obsesión fundamental de Carlos V en aquellas fechas, hasta el punto que cualquier noticia, por amarga que fuera, era silenciada no fuera a empañar los esponsales. La estancia en Granada fue fructífera en sí misma y por las circunstancias que la rodearon: además de engendrar un heredero, Fernando accedió al trono de Hungría y Bohemia tras la muerte de su cuñado Luis. Concluye el trabajo con el fin de este ciclo dinástico: asegurada la dinastía y la coronación imperial, podía elegirse a Fernando Rey de Romanos. Todo podía estar en paz...

F. Edelmayer y su discípulo P. Rauscher se ocupan de los grandes cambios habidos en la frontera oriental del Imperio y durante la época de Carlos V y cómo fue rehaciéndose, construyéndose y concolidándose afectando a la política propia imperial y la exterior.

Por su parte, Zoltán Korpás nos ofrece desde Hungría datos innovadores para trazar la vida de un militar al servicio de Carlos V, el maestre Bernardo de Aldana. Su trabajo, además de innovación bibliográfica introduce un tema que, en caso de desarrollarse más profundamente su investigación, podrá dar pie al debate: la predisposición por parte del Emperador a situar en aquellas lejanas tierras a soldados castellanos para sostener con ellos al Rey de Romanos en momentos delicados, porque a fin de cuentas tanto Hungría como Castilla y Aragón se veían empujados por su vecino común a un destino unido: defenderse contra los otomanos.

El Dr. José Luis Gonzalo Sánchez-Molero nos ofrece un cuidadoso estudio de los libros de Carlos V en Yuste y en Simancas, esto es, un análisis del último perfil psicológico del Emperador.

Hispania publica, como se ve, textos de análisis político y textos biográficos. Se une así a una de las corrientes renacentes en la historiografía modernista

que es la de la narración de la vida de personajes. En España, desde los acontecimientos conmemorativos de la muerte de Felipe II este género ha recobrado impulsos. Como ocurre con todo, hay biografías mejores y peores; hay personajes más inquietantes y los hay más grises; hay historiadores capaces de ensalzar a un ser arrugado y hay historiadores arrugados capaces de hundir una biografía. Me interesa reflexionar por medio de estas páginas contigo, lector amigo, sobre algunas recientes vidas de hombres ilustres de la época imperial. Lo último editado, además de las dos obras de Joseph Perez (la última en *Temas de Hoy*, 1999) y *El César Carlos, de Gante a El Escorial* (TF-BBV, Madrid, 1998) firmado por quien escribe estas líneas; la extensa obra de Fernández Álvarez sobre *Carlos V, el César y el hombre* (Espasa, Madrid, 1999), que es una fusión lógica de otros textos del mismo autor sobre el mismo asunto, demuestran que ha habido —quería decir antes— preocupaciones sobre la figura del emperador. Pero también por otros personajes del reinado, personajes todos ellos «familiares» de Carlos V... o casi. Me refiero, por ejemplo, a la biografía de la madre, *Juana la Loca. La cautiva de Tordesillas* (Espasa, Madrid, 2000) escrita de nuevo por Fernández Álvarez sobre un texto ya editado en Palencia en 1994; me refiero a la biografía del hijo natural *Don Juan de Austria. Un héroe para un Imperio*, de Bartolomé Bennassar (*Temas de Hoy*, Madrid, 2000); me refiero, en tercer lugar al espiritual *Francisco de Borja. Grande España*, por Enrique García Hernán (Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1999) y, en fin, por último, *Carlos V, 1500-1558. Una biografía* por Alfred Kohler (Marcial Pons, Madrid, 2000).

Empecemos por Juana la Loca. Al acabar la lectura de ese texto añoro que se me enseñe sobre esa Juana la Loca de los siglos XIX y XX o alguna alusión a rigurosos y profundos estudios psiquiátricos, porque como don Manuel ha ido desenmascarando con su maestría, Juana acaso no estuvo tan loca, sino que se le fue haciendo loca. He visto también que la Corte de Tordesillas —cómo llegaron al cargo, en qué consistió al vida diaria durante las varias decenas de años que allá estuvieran; en qué acabaron sus *cursui honorum*— queda esbozada, pero no analizada, porque su estudio necesita un tiempo inmenso.

La obra tiene muchas virtudes, como no puede ser de otra manera: el estilo engatusa, porque el autor ya ha escrito mucho y con éxito. Nunca es plúmbeo, al contrario, la forma también satisface al lector que demandaría el libro. Habla de la trascendencia de los celos y de la soledad de aquella mujer y así es brillante cuando da fuerza al proceso de abandono de Juana por Felipe el Hermoso. Por otro lado, dibuja a un Fernando Católico inmensamente egoísta y bastante despreciable (echo en falta alusiones a Belenguer o a Ladero, Suárez, Pérez); como Felipe el Hermoso que sale bastante mal parado en esta obra (no hay ninguna biografía moderna sobre él). Y aunque se intente suavizar el papel de Carlos V, tampoco es dulcemente retratado aquel hijo que permitió que su madre estuviera encarcelada durante más de treinta años y la visitó doce veces aunque una de ellas para pasar las Navidades...

Tres ideas sustentan el capítulo de la «Corte de los Reyes Católicos»: Que no hay «casa hogareña» como quería la historiografía franquista; que se crió en el mundo de los celos y que recibió una esmerada formación humanística. En el capítulo dedicado a «Condesa de Flandes», aunque se eche de menos algo más sobre su vida como Condesa de Flandes, nos despierta las primeras antipatías contra don Fernando; trata ágilmente el viaje a Flandes; nos descubre las necesidades sexuales de la protagonista y, en fin, concluye proponiendo un nuevo alias, el de «Juana la Desventurada».

En media docena de páginas, nos muestra a Juana aislada. Es el capítulo, «En la Corte de Bruselas». Los primeros contactos con Felipe nos los da poniéndolo como un francófilo poco astuto. Al narrar el viaje de vuelta del matrimonio a España, expone el enfrentamiento entre la madre y la hija y las primeras sospechas de que no está en su sano juicio.

El proceso de entronización nos muestra las ambiciones de Felipe y el primer encierro al que es sometida Juana por su esposo y como ella va cayendo en una profunda depresión de la que no sólo nadie le ayudó a salir, sino que se le acentuó por la presión a la que se le sometía. También se explican las tirantezas hasta llegar a la ruptura entre Felipe y Fernando.

Más adelante hace una acertada descripción de la Locura de Juana, usando a Anglería sobre todo, y del tema del paseo del cadáver por Castilla. Posteriormente describe la vida en Tordesillas: por qué la elección del lugar; unas notas sobre la vida en la villa y el desprecio de Fernando hacia su hija y las responsabilidades de Germana de Foix; la aparición del joven Carlos; la cárcel del marqués de Denia y la presencia comunera que junto con la boda de Catalina vienen a ser los dos hitos de inflexión de la vida de Juana: a partir de ahora ya es una muerta social. Por último, la muerte, narrada exactamente igual que como se narró la de Carlos V: a su majestad no se le ha de tener ni pena ni lástima porque nos deja en este mundo desabrido y él se va al otro tranquilo.

El texto de García Hernán sobre Francisco de Borja es maduro en forma y fondo. Se trata de una pormenorizada biografía de Borja con 608 notas a pie de página procedentes de trece archivos de España, Italia y Austria. Viendo lo que ha producido sobre Borja últimamente, esperamos una breve síntesis del que es hoy por hoy el máximo conocedor del Duque de Gandía. A diferencia de otros, no es un libro de ventas, es un libro científico en el que hay un permanente debate historiográfico que es valiente al tratar sobre uno de los mitos de la Compañía de Jesús desde fuera, esto es sin intenciones hagiográficas. En este libro no hay probabilismo, hay claridad. El autor parte de varias hipótesis para el desarrollo de su texto: Francisco de Borja fue siempre Grande de España y como aparece por todo el libro, grande de España en todas las acepciones. Fue cortesano hasta la médula (desde pronto muy vinculado a Cobos), cuando lo hubo de ser y jesuita al servicio de Dios, cuando acabó hastiado de la vida mundana (cuán fatigosa se le hacía la larga vida de su irritante esposa).

Se ha dividido la vida de Borja en tres partes: la primera abarca desde los orígenes hasta la muerte de su esposa, fenómeno que fue la antesala de su conversión de estado; la segunda va desde la entrada (extraña, secreta) en la Compañía hasta su huida de España en 1561 y la tercera, desarrolla su actividad poderosa entre los jesuitas y al servicio del Papa.

Cada apartado va precedido de una introducción histórica que hace clara la ambientación de la situación. El desarrollo de los fenómenos analizados es muy serio y riguroso; en ocasiones los árboles no dejan ver el bosque: pero este es el resultado de un trabajo concienzudo (cuatro archivos consultados para describirnos las capitulaciones matrimoniales de Borja con Leonor de Castro). Se nos ha dibujado a un Borja erasmista, hábil negociador (a los once años su primera misión en Tordesillas; andando los años, buscando el reencuentro de Juana con la fe), bien querido en sus estados y perfecto cortesano: hombre de poder respetado contra el que se utiliza el único instrumento político capaz de destruir en la Corte: la Inquisición (como les ocurrió en aquella corte de soberbias y vanidades sin parangón que fue la de Felipe II, a Carranza o a Antonio Pérez por citar un par de ejemplos).

Sin duda alguna con la lectura de esta obra se ve cómo funciona, en el sufrimiento o la alegría personal, el poder en tiempos de Carlos V. Se contemplan los mecanismos y caminos que se andan en la Corte para subir, mantenerse, crear una clientela, caer más tarde cuando se hacen cosas nunca vistas o nunca oídas. Si tenemos en cuenta que fue —entre otras cosas y situaciones— personaje muy cercano a la Emperatriz, a Carlos V; confidente del César caduco en Yuste; virrey de Cataluña, señor de cristianos y moriscos; desdichado flatulente y enormemente gordo; viudo y jesuita en secreto durante unos meses, perseguido por la Inquisición, iluminado y locuaz predicador; Prepósito General de la Compañía, Diplomático y escritor espiritual, además de padre de ocho hijos y hermano o hermano político de diecinueve, verdaderamente no podemos pensar que estemos ante una vida monótona.

El lector medio tal vez eche de menos un repaso historiográfico sobre Borja o una continuidad de su presencia cuando ya dejó esta vida. Pero tal será, a buen seguro, para más adelante. Entonces García Hernán nos contará, verdaderamente, la famosa «conversión» ante el cadáver de doña Isabel que, dicho sea de paso, no recoge —que yo sepa— ningún cronista de Carlos V. ¿Por qué?

Se deberían haber cuidado más las pruebas porque sobran las erratas. Las citas bibliográficas siguen normas que nos llaman la atención.

La biografía de Kohler sobre Carlos V tiene personalidad. Por un lado, nos introduce en el mundo desconocido para los españoles de lo que fue el Emperador: me refiero al de la historiografía alemana (me da la sensación que hay una sombra de Lutz por todo el texto) lo cual conlleva un problema de raíz: faltan innumerables estudios españoles sobre Carlos V (entre otros no aparecen los *Viajes...* de Foronda, no se recoge la reciente edición de Pozoblanco de Ginés de Sepúlveda; parece como si no hubiera reedición de sus *Memorias...*; no se

cita a Rodríguez Salgado; no se recogen los últimos estudios sobre la historiografía imperial hispana recogidos en *Carolus Imperator*, en *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, etc. (tal vez por falta de tiempo). Y, sin embargo, a los que hemos escrito sobre el César nos deja abrumada la recopilación bibliográfica ofrecida por Kohler y nos hunde en la inseguridad de nuestros conocimientos ver cuánto se ha escrito sobre él en lengua alemana y cuánto está por escribirse. El sistema de ordenación de la bibliografía es comodísimo.

En segundo lugar, lejos de ser sólo una obra oportuna, es la culminación de más de 25 años investigando sobre él. De entre sus frutos cabe destacar la edición de las fuentes para la historia de Carlos V, la edición de las *Quellen zur Geschichte Karls V*, de 1990.

Al prof. Kohler le ha interesado desentrañar la vida de Carlos V desde varias perspectivas: desde lo que fue y es el «fenómeno Carlos V», esto es la creación del mito y lo más interesante aún cómo «Carlos no supo aprovechar plenamente las increíbles posibilidades que se le ofrecían a la ampliación de su poder» pues se hizo eco de las ideas de Gattinara de ser un emperador a la usanza medieval, configurando Italia como el espacio de su poder.

Igualmente el prof. Kohler desestima las apropiaciones nacionalistas de Carlos V que en nuestro caso tanta importancia tuvieron desde Menéndez Pidal, aunque arrancaba ya la «hispanización» de Carlos V desde los estudios filológicos de Morel-Fatio. Hoy en día somos más los que vemos con interés no la «hispanización de Carlos V», sino la «hispanización de la dinastía», con hitos tales como la boda con Isabel, el nacimiento de Felipe, la designación de sus tutores y ayos y cómo no, Yuste. En ese sentido las medidas de gobierno de Isabel son de capital importancia para entender cómo se ganaron a los castellanos sobre todo.

También Kohler ha puesto de manifiesto cómo son casi inabarcables las fuentes de Carlos V. El que no ha editado cinco volúmenes ha transcrito 25.000 páginas y si alguien sólo ha consultado un archivo, no sabe qué es lo que se ha perdido. Todo ello hace que sea tan difícil aproximarse a su persona.

A día de hoy es imprescindible desligar lo que fue el Carlos historiográfico del mucho más complejo Carlos emperador-rey-señor del mismo modo que no se puede sopesar por igual qué es un gobernante dinástico del XVI con lo que se quería que fuera a los ojos de los historiadores del siglo XIX. Kohler nos muestra cómo hasta 1530 predomina la idea de que su poder sea el imperial medieval, en función de la que Carlos sería el rey de todos los reinos y de ahí la necesidad política de arruinar (destruir?) a Francia: él era la fuente de todo derecho y justicia, el juez supremo y quien garantizaría la unidad de la humanidad, porque él era el guardián de su paz. Por eso a él correspondía defender la fe cristiana de fronteras adentro y de fronteras a fuera. Sin embargo, la práctica política (el como aplicar todo ello a tan vastos territorios) y la falta de antecedente histórico de una monarquía universal (concluidas las Indias) darían al traste con tales sueños que no acababan de convencer porque implicaban polí-

ticas expansionistas y de conquista: acá la «libertad alemana», allá la «política de las libertades» eran obstáculos que, a la postre, se hicieron insalvables.

En materia política, nuestro autor sigue a Hoffman y concluye que la Corte fue despolitizada al crearse en 1524 el Consejo de Estado, con el fin de que en palacio se sirviera al rey y en el Consejo, otros intereses. Carlos V tenía plena convicción de su primacía sobre los demás señores de su época y esta actitud se acentuó poco antes de 1550. En cualquier caso los tres grandes problemas que afectaban sus territorios (la lucha Habsburgo-Valois; la defensa contra los otomanos y el resquebrajamiento de la unidad religiosa, de la que se dio cuenta acaso demasiado tarde y a la que intentó poner freno de manera denodada) son los tres polos centrales del estudio de Kohler.

Alguna afirmación más de Kohler es demoledora. Por ejemplo, aquella introductoria en la que muestra las carencias historiográficas que hay en su análisis psicológico, en el estudio de su Corte, en los aparatos de gobierno, en sus ideas religiosas, en su política imperial, familiar o en la historia económica o financiera de su reinado. Según eso, entonces, ¿qué sabemos sobre Carlos V? A mi modo de ver, fundamentalmente, aquello que nos han transmitido las fuentes impresas y alguna obra excepcional sobre aspectos determinados. La historia continúa.

No cabe duda que la obra de Kohler es diferente. Además, muy clara (la traducción y la revisión del texto deben aplaudirse). La biografía sobre Carlos V es, como su título indica con humildad reconocible, *una biografía*, mas no una biografía más, sino una de esas obras que, a mi modo de ver y no me va nada en ello, es obligatorio leerla porque corta sabiamente muchos nudos gordianos, porque da respuesta a muchos interrogantes. La crítica velada —al final de la obra— a la existencia de una «Sociedad Estatal para las conmemoraciones...» no tiene desperdicio.

La biografía más reciente de personajes íntimos de Carlos V es de Bennassar y está dedicada a don Juan de Austria. Bennassar ha sabido deleitarnos siempre con su originalidad y calidad humana transmitidas por sus escritos. Hábil conocedor de las fuentes cuantitativas (¡qué innecesario recordar el *Valladolid en el Siglo de Oro!*) ha reflexionado largamente sobre los españoles, en sí mismos y por medio de las instituciones por ellos creados. Sin embargo, a mi modo de ver hay una obra metodológicamente hablando ejemplar: *Los cristianos de Alá*, en la que supo combinar de manera excelente el estudio prosopográfico con la biografía individual mostrándonos cómo el puente de unión entre ambas formas de hacer historia es, sencillamente, la brillantez del discurso escrito, capacidad esta no sólo olvidada por muchos historiadores, si no incluso denostada al pensarse que el escribir bien es un ejercicio de retórica vacua. ¡Qué bien nos vendría tener más presentes los *De officiis* de Cicerón!

Don Juan de Austria es recompuesto por Bennassar de manera brillante. Nadie como él conoce al príncipe de Lepanto y de manera sabia establece un diálogo entre el lector y el autor: una duda planteada en este capítulo es res-

pondida en el siguiente y, así, sin posible descanso se devora esta concisa, es-cueta, clásica y brillante biografía. De una biografía, desde luego, poco normal. Ninguna vida es normal, pero la de don Juan es excesivamente anormal: ocultos sus orígenes durante años, criado entre garrulillos de Leganés, presentado a su padre sin saber por qué y mantenido el secreto en Yuste; oficialmente reconocido 13 años después de haber nacido; educado al fin entre el príncipe heredero y su sobrino en Alcalá (por cierto único nieto a la vez de Papa y Emperador); héroe militar en las Alpujarras y en Lepanto; héroe diplomático también en Flandes; sempiterno aspirante a rey de cualquier territorio... muerto a los 32 años y su cuerpo descuartizado para trasladarlo a España, y tenerlo cerca —como si para lavarse su inestable conciencia Felipe II— yace hoy en una sepultura blanca, romántica en El Escorial. Don Juan es la personificación de la mala suerte, es un héroe griego enfrentado a la fatalidad.

Viajero empedernido como su padre, fue también impresionante autor de epistolarios, como su hermano, algunos de los cuales se nos han perdido, mientras que otros existen y, como se lamenta el autor, a la espera de ser editados. La falta de ese *corpus* epistolar conciso impide arrojar luz sobre interrogantes de su personalidad de la que no hay duda, descollaba su excelente don de gentes. Igualmente, era un hombre de profunda fe y religión ortodoxa, en la que partía de dos verdades: él era un pecador y Cristo había muerto para redimirnos de nuestro desaciertos.

Por otro lado, Bennassar consigue anular las habladurías y los contrapuntos entre Felipe II y su hermano: al contrario, como cada cual tenía un papel que desempeñar diferente, cada cual anduvo su camino y el rey, en fin, fue muy mirado con don Juan. Sólo la duda del título de Alteza: pero Carlos V lo podría haber solucionado. En cualquier caso, ese sí que fue el drama de su vida: una bastardía que nunca fue resarcida con un reino terrenal.

Por cierto, murió sencilla y llanamente, desangrado por abrirle una hemorroide en medio de un tabardillo. Nada más. Nada menos. Era la muerte del héroe. Sin venenos.

En la obra de Bennassar hay alguna mácula que llama la atención al historiador español: por ejemplo, cuando fija la fecha de concepción, usa a Fernández Alvarez en vez de a Foronda. Kohler tampoco lo ha empleado: ¿es que no se le conoce fuera de España? Tampoco cita las cartas de Gachard en las que se recogen las zozobras de don Luis Quijada; Kohler tampoco, sólo por referencias de Tellechea. ¿Es que no son conocidas? Ambas carencias me extrañan y, sin embargo, creo que la Sociedad Estatal ha perdido una oportunidad de oro para reeditar aquellos textos clásicos que habrían devorado con pasión los amantes de la Historia que han hecho que en España últimamente se venda tanto género historiográfico como de cualquier otra disciplina. En fin: ¿por qué no se cita o no se recogen en bibliografía las más de mil páginas de Stirling Maxwell de 1883?

¿Qué conclusión se puede obtener de todas estas biografías?: que a falta de la edición de fuentes, cada texto de Historia seguirá siendo la historia particu-

lar de cada autor concreto con más o menos renombre y que la historia se hace más «verdadera» o «mejor» en función de la campaña editorial de turno que, por otro lado, ha de conquistar los *media* y no los cenáculos universitarios. En conclusión propongo continuar con el importante trabajo de la edición de fuentes y veo con claridad cómo las biografías hechas por historiadores (esto es, escritores de historia con bases epistemológicas) se abren paso en el mercado.